

Yukio Mishima

Vestidos de noche

Traducción de Carlos Rubio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Yakai Fuku*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de David López Espada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © The Heirs of Yukio Mishima, 1967. All rights reserved
© de la traducción: Carlos Rubio López de la Llave, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-140-4
Depósito legal: M. 12.299-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
15	Capítulo 2
19	Capítulo 3
23	Capítulo 4
28	Capítulo 5
37	Capítulo 6
46	Capítulo 7
57	Capítulo 8
62	Capítulo 9
68	Capítulo 10
77	Capítulo 11
84	Capítulo 12
92	Capítulo 13
97	Capítulo 14
105	Capítulo 15
111	Capítulo 16
117	Capítulo 17
124	Capítulo 18
130	Capítulo 19
143	Capítulo 20
153	Capítulo 21
156	Capítulo 22
160	Capítulo 23
170	Capítulo 24
176	Capítulo 25
190	Capítulo 26

Índice

198	Capítulo 27
202	Capítulo 28
207	Capítulo 29
215	Capítulo 30
222	Capítulo 31
226	Capítulo 32
232	Capítulo 33
235	Capítulo 34
239	Capítulo 35
246	Capítulo 36
263	Capítulo 37
269	Capítulo 38
274	Capítulo 39
282	Capítulo 40
286	Capítulo 41

Capítulo 1

En el Club Imperial de Hípica de Tokio se celebra un importante torneo todos los años en otoño. Su importancia no se debe sólo al hecho de que algunos de sus participantes son miembros de la familia imperial aficionados al arte ecuestre, sino también a que en él se muestran las técnicas más depuradas y de más alto nivel que forman parte de la categoría olímpica de la equitación por figuras, como la pirueta, el *piaffe* y el *passage*. Por si fuera poco, en el certamen de ese año, la señora Takigawa, una amazona sin par entonces en Japón, iba a exhibir su maestría en la figura de *yokogura* cabalgando con ambas piernas a un solo lado de la montura.

Por ser todavía una principiante, Ayako Inagaki no había podido inscribirse en el torneo. Pero sí que le habían permitido formar parte del comité de bienvenida con la responsabilidad de acomodar a los socios e invitados guiándolos desde la recepción hasta sus asientos respectivos.

A pesar de la inquietud por el estado del tiempo, la jornada de otoño había amanecido espléndida. En un cielo azul se proyectaban los toldos blancos y rojos de los graderíos y, cada vez que sus colgaduras se agitaban por el viento y rozaban los rostros de los espectadores, transmitían un olor refrescante a algodón haciéndoles recordar los días de competiciones deportivas de la escuela primaria cuando eran niños.

Precisamente, una de estas competiciones escolares estaba causando cierto quebradero de cabeza a los directivos del club. En efecto, la inauguración que realizaba de tal evento la escuela primaria del mismo barrio en donde se localizaba el club de hípica coincidía con la celebración del torneo ecuestre. El problema consistió en que la competición deportiva de la escuela estuvo marcada desde temprano por la mañana con fuegos artificiales cuyo estruendo tenía espantados a los caballos. Cuando se enteró, el presidente del club se personó enseguida en el despacho del director de la escuela. Éste, al oír la petición del presidente, reaccionó con una expresión contrariada.

—¿Es que es más importante una reunión para entretener a las clases ociosas que una jornada deportiva en la que se forman el espíritu y el cuerpo de nuestros niños? ¿No le parece a usted una cuestión embarazosa? En la escuela tan sólo pretendemos que se oiga el ruido de los fuegos artificiales a fin de que esta importante jornada deportiva quede impresa en el recuerdo y en la vida de nuestros escolares.

—No, no, si no discuto en absoluto la importancia que tienen las competiciones deportivas para su escuela.

Nada de eso. Simplemente, se trata del ruido que arman los fuegos artificiales...

—Pero es precisamente por medio de ese ruido como nosotros, en la escuela, deseamos destacar la trascendencia formativa de nuestra jornada.

La discusión parecía del todo estéril. Por fin, después de que el presidente dejara caer el nombre de dos o tres miembros de la familia imperial participantes en el torneo de hípica, la actitud del director de la escuela fue cambiando. Pero, lejos de ser un cambio repentino, sus argumentos se mantuvieron inflexibles, siempre apoyados en el valor que tenía la educación de los alumnos. Paulatinamente, sin embargo, fue cediendo.

—Claro que sería una situación comprometida si en presencia de la familia imperial los caballos se encabritaran por culpa de los fuegos artificiales. Aun así, tampoco sería un asunto de nuestra entera responsabilidad. Pero, en fin...

Cuando el director dijo esto, el presidente del Club Imperial de Hípica supo que había ganado la partida. Así y todo, inquieto porque el director pudiera dar marcha atrás, tomó la precaución de despachar a las instalaciones deportivas de la escuela a un hombre de su confianza como espía para asegurarse de que esa mañana ya no habría más fuegos artificiales.

Con esa preocupación rondándole la cabeza y una sonrisa de circunstancias en los labios desde primera hora de la mañana, el presidente se dispuso a esperar a los invitados junto a los demás miembros del comité de recepción y bienvenida. Un socio del club que era senador había aceptado de buen grado la responsabilidad de

presidir el comité de bienvenida, cuyos miembros, entre los que se contaba Ayako, estaban bajo su supervisión estricta y protocolaria, por decirlo en términos formales.

Ya en los inicios de su aprendizaje como amazona, Ayako se había hecho socia del Club Imperial, una organización distinta de otros clubes de hípica. El ingreso en él, que era elitista ya desde antes de la guerra¹, seguía unos trámites minuciosos y exigentes, a diferencia de otros clubes de hípica en los cuales bastaba el pago de una cuota de admisión para hacerse socio.

La familia de Ayako no pertenecía a los llamados *nouveaux riches*² pues ya en la posguerra³, es decir, veinte años antes, poseía un floreciente negocio farmacéutico. En efecto, la compañía Productos Farmacéuticos Inagaki había adquirido celebridad gracias a un famoso remedio contra los trastornos gastrointestinales llamado Iriya y a un antigripal, el Hot. «¡Hot eficaz contra el frío invernal!» era el popular *jingle* de un anuncio de televisión que por entonces se sabían hasta los niños.

El padre de Ayako, fundador de la compañía, era un empresario de extraordinaria visión, pero, puestos a detectar en él un solo punto débil, éste no era otro que «el afán de imitar a la alta sociedad»; en otras palabras, el esnobismo.

Es muy probable que tal actitud hubiera tenido que ver con el abuelo de Ayako, el cual antes de la guerra ha-

1. Se refiere a la Segunda Guerra Mundial, que, para los japoneses, duró entre 1938 y 1945.

2. Así en el original.

3. Esta novela apareció por entregas en Japón en la revista femenina *Mademoiselle* a lo largo del periodo 1965-1966.

bía trabajado toda la vida como contable para uno de los grandes conglomerados empresariales del país y acumulado un pequeño capital. Pero este hombre, lejos de haberse contentado con su estatus de humilde empleado, no dejaba de mirar el estilo de vida de la alta sociedad, cuyos destellos bailaban ante sus ojos hechizados. Esta tendencia debió de ser heredada por su hijo, el padre de Ayako. Los relatos del abuelo, ya fallecido, no dejaban de girar en torno a sus ambiciones serviles, las cuales se habían imprimido en el corazón infantil de su nieta Ayako por mucho que a ésta le disgustara reconocerlo.

Que su padre le hubiera recomendado la equitación y no la ceremonia de té o el ballet era el resultado de su manera rutinaria de ver las cosas. Para él, una mujer que monta a caballo representa el símbolo de una vida de altos vuelos, como la de los aristócratas. Ahora que había conseguido llegar a una posición social elevada, no experimentaba ningún complejo de inferioridad en permitir que su hija accediera a un círculo tan exclusivo como el Club Imperial. Por otro lado, y como sucede actualmente con la Universidad Gakushuin⁴, sus socios asumen los aires de la alta sociedad, a pesar de componer una mezcolanza de miembros de una nobleza rancia y de una nueva clase social en posesión simplemente de recursos económicos.

Pero Ayako no se había iniciado en la hípica por seguir el consejo de su padre. Más bien, el deseo de aprender el

4. También llamada Escuela de Pares, en donde se enseñaba equitación y, hasta la abolición oficial de la aristocracia en 1947, sólo se admitía a hijos de la aristocracia. El mismo Yukio Mishima, a pesar de no serlo, fue alumno de dicho centro educativo en la década de 1930.

arte ecuestre que alentaba en el corazón de la joven respondía al sueño de poder enseñorear un animal tan brioso y elegante como para ella resultaba el caballo. Además, había otro atractivo aún mayor: la fascinación producida por la indumentaria de amazona, que, a sus propios ojos, la hacía parecer una mujer de estilo sobrio y a la vez femenino.

Capítulo 2

—¡Oh, Ayako, qué madrugadora has sido! ¡Muy bien! ¡Cumple bien tus funciones, eh! —exclamó la señora Takigawa con su tono de voz de siempre, tan radiante como el tiempo de ese día, y jugueteando con la cinta verde que colgaba del pecho de la joven y en la cual estaba escrito: «Recepción».

Por la razón que fuera, de entre las otras tantas socias del club, esta señora se dirigía sólo a Ayako por el nombre de pila y no por el apellido. Tenía la manía de tocar cualquier cosa que llevara puesta otra persona, pero Ayako, como era su favorita, de alguna forma se hallaba en la situación de permitirle jugar a su gusto con la cinta del pecho.

A la señora Takigawa la apenaba haber engordado recientemente, aunque no se trataba más que de un ligero aumento de peso que apenas le redondeaba la figura, y disculpable en un cuerpo como el suyo, sometido largos años a los rigores del entrenamiento. Ese día, con el ob-

jeto de destacar más el vestido largo que después se pondría, llevaba un austero traje negro; y naturalmente, no se había calzado todavía las botas de montar.

Aunque en el club tenía el vicio de crear ciertos «favoritismos», era una mujer querida por su carácter luminoso como el sol y respetada tanto por su destreza en el arte ecuestre como por su ilustre cuna.

Además, siendo como era eso que se llama «una viuda alegre», no casaba bien con ella la connotación de pesadumbre que puede desprender la palabra «viuda». Su marido había desempeñado el cargo de embajador en varios países y falleció poco después de haber regresado a Japón tras un último destino en Inglaterra. En una profesión tan escasamente versátil como la de diplomático, era de esperar que, en circunstancias comunes, la existencia de una viuda de embajador discurriera con relativa modestia y apartamiento.

Pero no fue tal el caso de la señora Takigawa, quien durante toda su vida de casada no había necesitado depender de los ingresos de su marido y, una vez fallecido éste, pudo llevar un tren de vida todavía más acomodado.

«No es una profesión la de diplomático que permita vivir a no ser que uno ponga dinero de su bolsillo. ¡Y así quieren mantener el prestigio del país!», solía decir con el peso de su propia experiencia.

Se había casado siendo bastante joven en una época en la que su marido era secretario de Estado. Pero ya entonces estaba en posesión de un joyero con más alhajas de cuantas podía necesitar la esposa de un embajador.

Su padre, el barón Masaki, había sido director general de uno de los grandes emporios empresariales de la épo-

ca, el M, así como ministro de Economía y Finanzas. Incluso, antes de la guerra, su nombre había figurado frecuentemente en la lista de las personas más solicitadas por los grupos de la clandestinidad. Había podido sobrevivir comprando información reservada y disfrutado de una vida larga. El amor que sentía por su hija no conocía límites y, a su muerte, le había dejado un patrimonio bastante diversificado y de tal cuantía que le habría de permitir vivir en el lujo el resto de su vida. Gracias a esto, la señora Takigawa, una vez viuda, podía mantener la posición social de la esposa de un embajador todavía en activo.

A pesar de su estatus, era una mujer natural y espontánea, sin afectación ni orgullo de ninguna clase. Comprensiva y amable, era popular entre los palafreneros y los otros empleados del club. Había gente que la censuraba por desconcertar a los senadores socios del club hablándoles con el mismo tono con que se dirigía a los mozos de cuadra; pero estos críticos probablemente eran personas de ideas conservadoras.

Por alguna razón, la señora Takigawa había puesto los ojos en la principiante Ayako. Un día en que la joven estaba iniciándose en el trote, la experimentada amazona se había quedado observándola desde la valla de la pista. Una vez terminado el ejercicio, se molestó en acercarse a ella y decirle afectuosamente cómo mejorar.

–Muchas gracias –le respondió Ayako cortésmente.

Los consejos de los veteranos son en su mayoría desconsiderados con la situación del principiante; sin embargo, esta señora instruía a los más jóvenes con franqueza y de un modo ameno y agradable.

–Tienes talento. Me he dado cuenta a primera vista –la elogió la señora, ganada por la cortesía con que le había respondido la joven. Tampoco a Ayako, recién inscrita en este club, le habían desagradado los cumplidos de esta gran veterana.

En las dos o tres ocasiones siguientes a este encuentro, en las cuales las dos mujeres habían empezado a tratarse con cierta familiaridad, la señora había empezado a llamar a la joven Ayako-san¹.

1. El apelativo de *san*, pospuesto al nombre de pila y no al apellido, denota confianza y familiaridad.

Capítulo 3

La mañana del torneo de otoño, la señora Takigawa daba la impresión de hablar en un tono una octava más alto, lo cual no era debido solamente a la excitación que provocaba la ocasión de lucir su maestría en el arte ecuestre. Hasta en las arrugas que acechaban bajo sus ojos parecía bailar una euforia jubilosa y en sus pupilas afloraba un color de ensueño.

Después de inspeccionar atentamente la indumentaria de amazona de Ayako, con sus pantalones y botas altas, deslizó los dedos por la cinta de su pecho moviéndola hasta el fular de fondo blanco.

–Bonito diseño. ¿Lanvin? –preguntó.

–Sí –respondió la joven.

–¡Buen gusto! Algo raro entre los jóvenes de hoy, ¿verdad? –comentó la señora.

Ayako era de un natural bueno y dócil, presta siempre a aceptar las opiniones ajenas. Esta forma de ser no la había heredado del padre, un hombre emprendedor e in-

genioso, sino más bien de su madre, de temperamento hogareño y sumiso. Esta mujer, que había vivido recluida a la sombra del marido y sin expresar sus propios deseos, pasaba los días inmersa en la dócil aceptación del destino que le venía dado.

Por supuesto que en la joven Ayako, aunque no poseía un carácter como el de su madre, tampoco podía negarse que fluyeran sus mismas tendencias. En efecto, en los ojos de cualquiera que la mirara se reflejaba el límpido manantial subterráneo de las inclinaciones maternas; en los oídos de cualquiera que la escuchara se sentía el tenue murmullo del arroyuelo que ésas formaban. Sin que ni ella misma lo supiera bien, la razón por la cual su personalidad gustaba a todo el mundo no estaba solamente en los rasgos atractivos de su rostro. Sus facciones, resaltadas con maquillaje a la moda, rebosaban placidez en un rostro ligeramente mofletudo y lleno en cuya superficie, sin embargo, daba la impresión de flotar algo que le subía del interior.

Cuando iba al colegio gustaba de decir bromas y propagar habladurías, frecuentemente sin perjudicar a los demás ni decir mal de nadie y sin nada de hipocresía; en esto hacía lo mismo que sus compañeras, pero solamente a ella le faltaba sustancialmente toda sombra de mala intención. Cualquiera otra joven sorprendida en falta hubiera engañado, todo para evitar verse en la situación de pagar las consecuencias. Pero ella no: Ayako poseía una especie de nobleza de carácter que a su padre y a su abuelo les faltaba. Si, por ejemplo, una compañera de clase, cautivada por un cantante, le hubiera dicho: «¿No te parece un encanto este S?», Ayako habría respondido

afablemente: «Sí, es verdad». Pero no hubiera sido difícil averiguar que Ayako nunca había oído cantar a ese artista. Entonces la compañera, al saberlo, se habría mostrado indignada y la habría tomado por idiota. Sin embargo, no se trataba de que Ayako fuera tonta. Simplemente, carecía de carácter para dejarse arrastrar por la exaltación del momento y para expresar sus gustos con vehemencia.

Tenía una sensibilidad notable por el color y un gusto nada común por la ropa de estilo occidental. Sin embargo, era ajena a toda tendencia a entusiasmarse por un artista o a implicarse personalmente en la pintura. En definitiva, la razón por la que su gusto se refinaba estaba en su resistencia a ocultar sus imperfecciones físicas, no viendo necesario, por lo tanto, pasar por detalles ostentosos o exagerados en la ropa, ni imitar los trajes dictados por la moda parisina que llevaban maniqués delicadas y decadentes. Se contentaba con cualquier vestidito confeccionado a partir de un catálogo americano y vendido por correspondencia. Ciertamente era sumamente difícil ir bien vestida con cualquier clase de ropa; pero ésta, no importa del género que fuera o de que catálogo hubiese sido sacada, invariablemente ponía de relieve su físico en flor. Era como si de repente brotase un haz de luz entre el follaje de verde oscuro de avenidas con árboles, flanqueadas por casas pulcras y blancas recién pintadas, de una pequeña ciudad provinciana de Estados Unidos.

El cutis de Ayako, poco proclive a quedar bronceado por el sol, era blanco y suave. La grácil curvatura de su cuello descendía hasta insinuar la curva de la espalda

mientras por delante descendía para trazar la línea natural, bella y mórbida, de su pecho. No albergaba éste unos senos opulentos y vulgares, como si fueran volúmenes colgantes, sino que más bien daban la impresión de hallarse delicadamente sostenidos desde lo alto por la cuerda invisible de un piano imaginario. Esto daba vistosidad a la figura de Ayako cuando montaba a caballo, a pesar de la poca destreza que todavía tenía como amazona.

Los cumplidos de la señora Takigawa tal vez tuvieran que ver con los méritos de esta silueta.

Capítulo 4

Ayako no comprendía por qué la señora Takigawa le hablaba en ese tono una octava más alto ni qué era lo que parecía tenerla en las nubes, pero entonces, llevada por la dama detrás de una cortina rojiblanca, le oyó decir como si le revelara un secreto:

–¿Sabes? Hoy viene a verme mi hijo... –Y, sin esperar respuesta, añadió–: Toshi es un chico verdaderamente caprichoso. Cuando se le dice que venga, no es de los que vienen de buena gana. Sale con un «¡bah!, ¿por qué justamente tengo que perder el tiempo libre de un domingo a causa de mi madre?». Por supuesto, no es que yo no entienda su reacción. Pero, bueno, no deja de ser un chico egoísta, terco, mordaz, malicioso, en fin, un joven león, por así decir.

(Sin embargo, eso de «joven león» le pareció a Ayako una metáfora demasiado hermosa, comparada con otros adjetivos, para hablar del propio hijo a los demás.)

La señora Takigawa continuó imparable:

–De todos modos, y a saber por qué ventolera, me ha dicho que hoy vendría. Para este chico no hay otro ejercicio físico que no sea el tenis. Además, resulta que desprecia profundamente la equitación porque dice que montar a caballo es cosa de vagos que no quieren caminar. Así, no está mal que venga y vea un poco cómo es esto. Sé que será un invitado difícil, pero no te preocupes; y te lo ruego: nada de trato especial.

Con estas palabras parecía dar a entender justo lo contrario: «Dale un trato especial».

–¿Qué asiento tiene su hijo? –preguntó Ayako.

–Fila C, asiento 16 –respondió la señora con presteza.

–Un buen lugar.

–Es al lado del mío. Como mi asiento, que es el 17 de la misma fila, se quedará libre cuando yo salga a actuar, quiero pedirte que hagas el favor de guardármelo ocupándolo tú misma. Además, el espectáculo se ve mucho mejor si lo contemplas desde un buen asiento como ése.

–Le estoy muy agradecida. Haré como me ha dicho –respondió Ayako concisamente haciéndole una cortesía.

No alcanzaba a comprender bien la intención de la propuesta de la señora, pero le pareció que si decía algo, podía interpretarse desagradablemente como que sentía curiosidad por el «joven león».

Todavía quedaba tiempo hasta la llegada de los invitados y la señora Takigawa parecía tener intención de seguir cuchicheando con ella detrás de la cortina rojiblanca.

–Este chico tiene nervio y físico. Creo que, si de verdad se hubiera aplicado a la práctica del deporte, ha-

bría podido participar en los Juegos Olímpicos¹. No sé por qué, pero, ay, me parece que le falta constancia. Por otro lado, ¡vaya si es trabajador! Por ejemplo, cuando se pone a estudiar idiomas, es una máquina. Me parece que no hay cosa que no sepa. A veces hasta me asusta cuando pienso que este hijo mío sabe de todo. Además, ahí está, rebosante de salud, ni una enfermedad, ni nada. Y, sin embargo, jamás ejercita el cuerpo. No entiendo por qué un joven con una personalidad tan equilibrada como la suya es tan caprichoso e irascible. ¡Pues sí! Es muy caprichoso y terco. Una vez, cuando era pequeño, su padre no le compró un coche de juguete que le había prometido y él, rabioso, va al estudio de su padre y, ¡zas!, estrella contra el suelo una vasija de Sèvres de gran valor. Verdaderamente me tiene harta este hijo mío. Pero, bueno, eso sí, nunca ha causado inquietud a sus padres por asuntos de faldas; ni una sola vez. En fin, que a pesar de eso, yo como madre siempre ando sobre ascuas con este hijo y estoy continuamente pendiente de sus caprichos.

No entendía Ayako por qué la señora Takigawa se extendía con tantos pormenores sobre su hijo. Al fin y al cabo, antes nunca, ni una sola vez, le había hablado de él. Estaba, además, el contenido de la conversación: no solamente resultaba bastante raro como tema para hablar con alguien sino que, presentado así, de sopetón y ante un extraño, no dejaba de causar una impresión desfavorable.

1. La Olimpiada de Tokio, de 1964, se había celebrado un año antes de que fuera escrita esta novela.